

# SINODO EXTRAORDINARIO: UN REAJUSTE DE AUTORIDAD

(De nuestro Enviado Especial en Roma)

TOMEMOS inicialmente el pulso a varios periódicos calificados. En ABC (Madrid) se recogen las impresiones del pastor alemán Johan C. Hampe, que asistió al Vaticano II y al primer Sínodo y que en el reciente representó a la agencia periodística evangélica. Manifiesta su agradable sorpresa por la disciplina y la concentración de trabajo, superiores a las del primer Sínodo y del Concilio.

La sesión del Sínodo —escribe Henri Fesquet en *Le Monde* (París)— se ha desarrollado en un clima de serenidad y de optimismo. Esto puede sorprender si se considera la gravedad de la crisis que sacude no solamente a la Iglesia romana sino también a todas las otras Iglesias... Si este Sínodo se ha mostrado verdaderamente tranquilo y si ha desilusionado a los pescadores en aguas revueltas es más bien debido a su objetivo preciso, limitado y —por así decir— radical.

Hébert Roux escribe en el semanario protestante *Reforme* (París) que se hablaba de un endurecimiento de las irreductibles oposiciones o, por lo menos, del desarrollo de la tensión entre dos maneras antitéticas de concebir la colegialidad en sus relaciones con el primado del Papa. Pero no ha sido así. No porque se hayan evitado las confrontaciones, sino porque el simple hecho del encuentro y de la franca explicación entre hombres decididos a elevar el debate a su verdadero nivel teológico y espiritual ha desarmado la polémica mediocre y la disputa de política eclesiástica que, en los últimos meses, tendía a prevalecer.

El mismo cardenal Suenens no tenía mucho que criticar al fin del Sínodo —escribe *Christ und Welt*— (Stuttgart) y casi todos los obispos han retornado satisfechos a sus Iglesias "locales", como se dice hoy para subrayar que los obispos no son los "prefectos" del Papa, sino que gobiernan sus diócesis como genuinos sucesores de los Apóstoles.

El *Neue Zuercher Zeitung* (Zurich) señala que la confianza del Papa en el Sínodo, como organismo consultivo, se ha consolidado. El tono extraordinariamente optimista de las frases del Papa testimonia que el concepto hasta ahora abstracto de la colegialidad se ha presentado en estos días a los ojos de Paulo VI como una realidad viva.

## LA ELECCION DEL TEMA

Habiendo tantos problemas pendientes y acuciantes en la vida actual de la Iglesia católica (secularización, pastoral de los sacramentos, matrimonios mixtos, celibato sacerdotal, violencia social, etc.) a muchos extrañó que doscientas cabezas se reunieran para tratar de los engranajes superiores del gobierno. ¿Era tan importante establecer los anillos entre el primado del Papa y el poder colegial de los obispos, a quienes el Concilio había corresponsabilizado del gobierno universal de la Iglesia? ¿No bastaba con los principios establecidos en el Vaticano II o eternamente se había de volver a lo mismo? ¿Era imprescindible emplear jornadas enteras en estudiar la articulación de las Conferencias episcopales entre sí que, al fin y al cabo, actúan en países diferentes?

Sin embargo, hay que confesar que desde mediados de 1968 se vio claramente que en la Iglesia había que solucionar con urgencia el problema de la misma autoridad. El caso típico lo constituyó la encíclica acerca de la transmisión de la vida que trajo tantas "olas" no solamente porque apareció con una solución diversa de la que se esperaba sino también por la desorientación que acarrearón algunas interpretaciones episcopales. En los mismos meses el famoso Catecismo holandés era zarandeado por comisiones y consultas y la gente con razón se preguntaba si Roma no había sido previamente informada de la aparición de un documento de tipo doctrinal de esa naturaleza.

Aunque no se haya dicho explícitamente, creemos que estos hechos decidieron a Paulo VI a llamar al Sínodo (asamblea episcopal restringida y de función meramente consultiva) para estudiar la forma de coordinar mejor en la práctica la función suya primacial y la colegial del Episcopado mundial. El concilio había establecido principios elevados; ahora se trataba de tocar tierra. Es fácil decir que los obispos son corresponsables de la marcha general de la Iglesia pero ¿ha de llamárselos en su totalidad, por ejemplo, cada año, repitiendo Concilios sin cesar? ¿Ha de pedírseles que envíen delegados para reuniones de pocos miembros, como es el Sínodo? ¿Estas han de ser esporádicas o es preferible que esos delegados se queden en Roma para constituir un cuerpo permanente de consulta? Pero, en esta última suposición ¿han de renunciar al gobierno de sus diócesis, alejándose así de las realidades experimentales de cada día, en contacto con sus fieles?

Por otra parte ¿qué temas merecían consulta? ¿Los que se abordan en una encíclica doctrinal o también los que se tocan en discursos de especial trascendencia, como los de Navidad y Pascua? ¿Y qué acerca de los nombramientos, por ejemplo, de cardenales? Así, innumerables interrogantes prácticos habían de discutirse, a fin de actuar luego en forma más coordinada y eficaz, formando un solo frente de autoridad.

## POSICIONES NETAS

La discusión acerca del primer capítulo del esquema se dirigió a buscar una mayor



profundización teórica del principio de la colegialidad establecido en el Vaticano II; pero se constató claramente que era mejor dejar las sutilezas para otra sede —por ejemplo, la Comisión internacional de teólogos— y lanzarse por los senderos prácticos y concretos. Es digno, sin embargo, de notar que ni uno solo de los Padres sinodales tentó de disminuir la autoridad del Papa ni de negar la colegialidad episcopal. No ha habido, pues, ninguna contestación espectacular ni disimulada de estos dos principios establecidos en los dos últimos Concilios. La autoridad del Papa ha salido reforzada, a través de una colegialidad episcopal que se hará más actuante. Contrariamente a lo afirmado por periodistas que dicen haber estado presentes... el Sumo Pontífice puede tomar cualquier decisión sin realizar ni la mínima consulta a los obispos. Pero claro está que —permaneciendo firme su potestad— se le hará más difícil lanzar encíclicas trascendentales sin pedir antes la opinión de las Conferencias episcopales. A su vez los Episcopados omitirán realizar declaraciones doctrinarias que tengan reflejos en toda la Iglesia sin consultar antes a la Santa Sede.

Al discutirse estos asuntos, algunos ciertamente pusieron el énfasis en una especie de "papalismo", según el cual los obispos no serían sino meros delegados del Papa, simples ejecutores de órdenes a los cuales por benevolencia se les podría pedir consejo alguna vez. En sentido opuesto, otros acentuaron un tipo de "episcopalismo" según el cual habría que llegar a crear una especie de Parlamento permanente de obispos, con potestad para legislar, aunque siempre bajo la presidencia del Sumo Pontífice. No se trataría, pues, de un cuerpo asesor sino deliberativo. Pero, en ambos casos, el acento se ha puesto en el **modo** de ejercer sea el Primado como la Colegialidad.

Prevalció al final una línea de tipo centrista, inclinada a hacia una más acentuada participación episcopal. Se ha aconsejado, pues, al Papa que el Sínodo se reúna fijamente cada dos años, que los obispos sugieran los temas, que se amplíe la secretaría permanente del Sínodo con la incorporación de obispos elegidos directamente por sus pares, para que a través de este organismo la Conferencias episcopales mantengan un contacto directo con el Pastor supremo. No se trata de crear una "supercongregación", "temida por algunos como un nuevo diafragma y por otros como una soberanía episcopal sobre la Curia, celosa de su poder. Se ha preferido esta "asistencia" episcopal no institucionalizada, que tendrá lugar en el ámbito del Sínodo el cual se encamina —al parecer— a constituir el eje central del renovado sistema Papa-Conferencias episcopales-Iglesias locales" (G. Zizola).

Se ha sugerido también que antes de su pública divulgación periodística la Santa Sede dé a conocer a las Conferencias los documentos, para que se hallen más prevenidas para interpretarlos ante los fieles. Otras numerosas iniciativas se refieren a los contactos de las Conferencias episcopales entre sí, en orden a enfrentar de común acuerdo los problemas que afecten a un área geográfica amplia.

## LOS CAMINOS EXPERIMENTALES

Los pasos, pues, encaminados a una experiencia gradual de colaboradores entre la Santa Sede y los Episcopados y de estos entre sí en el plano existencial han sido preferidos a las últimas e interminables precisiones del problema teológico-jurídico del gobierno de la Iglesia. Con lo definido por los Concilios Vaticano I y II se tiene bastante para proceder con seguridad. Coordinación, vínculos estrechos, intercambios habituales y rápidos, un organismo que lleve las conexiones: son las soluciones "de facto" para acentuar la descentralización y evitar, por otra parte, la dispersión de fuerzas. Si no se desea el absolutismo de una monarquía tampoco se auspicia una balcanización.

Lo principal es la facilidad de las comunicaciones en sentido vertical y horizontal. Agudamente expresa R. Laurentin en *Le Figaro* (París): "Un problema de comunicación no podría resolverse en un circuito cerrado. Supongamos que la comunicación se mejorara solamente en un sentido estrecho del programa, en la Jerarquía; la Iglesia sería entonces un cuerpo en el cual la circulación ocurriría solamente en la cabeza pero no en los miembros, sería como si padeciera de una "necrosis, de una embolia..."

El mismo articulista propugna una mayor intensificación de comunicaciones entre Jerarquía y pueblo, pues, pese a alguna incompreensión, como en ocasión de la *Humanae Vitae*, actualmente entre los obispos y el Papa existe la mejor comunicación. El "abismo" es el otro, por lo menos en algunos países: Jerarquía y clero, clero y laicos. En el fondo, "para la Iglesia, la comunicación no es un problema administrativo o sociológico, no es solamente comunicación de los hombres entre sí, sino ante todo comunicación con Dios, en Dios".

En realidad es un problema que proviene de la vitalidad religiosa. Acertadamente expresó el cardenal Enrique y Tarancón ante los periodistas: "Quizás algunos quisieron ver después de este Sínodo unas realizaciones colegiales más amplias y más jurídicas de las que van a salir. No perdáis de vista que la vida precede en la Iglesia a las estructuras".

Las nuevas formas que se den a la corresponsabilidad episcopal tienen su origen en esa vida y tienden a comunicar otra: la de la evangelización. De otra manera aquellas "formas" no serían si no evasiones...

## COMISION TEOLOGICA

Esta Comisión puede considerarse el nexo entre estos dos primeros Sínodos, pues nace según las pautas sugeridas al Sumo Pontífice hace dos años. Acaba de tener su primera reunión. Varios Padres sinodales se han referido a estudios concretos que habrían de encomendársele. Monseñor Pearce, Presidente de la Conferencia de los Obispos del Pacífico, propuso que se hiciera un hondo estudio sobre la colegialidad, sobre los principios de subsidiaridad y solidaridad aplicados a la misma y también la conexión de esta verdad con otras reveladas. La Comisión teológica podría estudiar este proble-



## SINODO EXTRAORDI- NARIO: UN REAJUSTE DE AUTORIDAD

ma e incluso ver si es posible una definición dogmática de la colegialidad.

Sin ir tan lejos, el Cardenal Suenens destacó también la necesidad de encomendar a la Comisión, con la participación de los orientales, el estudio de parecidos problemas. En la misma línea se colocaron los Presidentes de las Conferencias episcopales de los Estados Unidos y de Panamá, cardenal Cooke y monseñor Mc Grath. Introdujo una variante el Presidente de la Conferencia episcopal suiza, monseñor Vonderach, insinuando la inclusión en la comisión de algunos obispos. Recuérdese que el único integrante es el italiano Carlos Colombo; todos los demás son sacerdotes. El prelado suizo invitó a que se estudiaran profundamente cuestiones como estas: ¿Cuál es el significado exacto del concepto de solicitud de los obispos por la Iglesia universal? ¿Se trata de una mera ayuda al Primado o de una auténtica participación en el gobierno de la Iglesia Universal?

### SI, PERO...

En una conferencia de prensa tenida al fin de la Asamblea, luego de enumerar una serie de aspectos positivos del Sínodo, el primado belga cardenal Suenens y el presidente de la Conferencia episcopal del Canadá, monseñor Carter, han notado que los obispos todavía hesitan demasiado en entrar en el juego de la colegialidad y que todavía se piensa demasiado en la línea de las estructuras jurídicas.

Con su conocida claridad el cardenal Suenens recalco que la Iglesia no es una monarquía ni una democracia sino una comunión, lo que quiere decir mucho más que una simple solidaridad. El principio de subsidiaridad no puede aplicarse de la misma manera que en la sociedad civil porque la Iglesia local no es un escalón subalterno. Sus derechos le provienen de los poderes dados a los apóstoles por Cristo mismo.

"El problema del futuro —prosiguió— es el esclarecimiento de la noción teológica de la Iglesia local. Hoy parece que el Papa debe ocuparse de la Iglesia universal y nosotros los obispos de nuestra Iglesia local. Por el contrario la relación correcta exige que el Papa se ocupe ante todo de su Iglesia local de Roma y luego de la Iglesia universal y que los obispos nos ocupemos de nuestra Iglesia local y después, por vía de la colegialidad, de la Iglesia universal".

El juicio sobre el tipo de asamblea que es el Sínodo (meramente consultiva) se resume en estas frases: "Cuando pedimos al Papa que se digne aceptar nuestro concurso en el gobierno de la Iglesia, claro está que esperamos una respuesta positiva... Por otra parte, se ha visto que el Papa ha aceptado pareceres consultivos del primer Sínodo (la constitución de la Comisión teológica), a los cuales era originariamente contrario, sólo porque habían sido expresados por la mayoría de los Padres".

### QUIZAS DEMASIADO SECRETO

La reunión del Sínodo estuvo acompañada de una cierta aprensión, de mal disimuladas tensiones. Conocido el tema —interrelacio-

nes entre las Conferencias episcopales y de cada una con la Santa Sede— circularon rumores de que el esquema enviado a los obispos para que realizaran sus primeras reflexiones era de tipo marcadamente monárquico-absolutista y que poco respiro daba a la corresponsabilidad de todos ellos en el gobierno general de la Iglesia. Sin embargo, se trataba de una falsedad: nada de recalcitrantemente reaccionario tenía el documento, aunque adolecía de serias lagunas que luego las hizo notar en asamblea precisamente un cardenal de la Curia romana, el holandés Willebrands. Pero ¿qué favorecía el malestar? Quizás la atmósfera de estricto secreto que envolvió los pasos preparatorios y que el cardenal Heenan, casi al final del Sínodo, comentó así: "Todas las ansiedades que existían antes del Sínodo están completamente desvanecidas. Por otra parte tales ansiedades se hubieran podido evitar de no haberse insistido excesivamente sobre el secreto, sobre todo en la preparación del Sínodo, lo que ha dado ocasión a sospechas y falsos clamores". Luego, con humor inglés, añadió: "Non sunt multiplicanda secreta sine necessitate" (No hay que multiplicar los secretos sin necesidad).

En realidad, hay que confesar que la Iglesia católica realiza con dificultades su apertura de información ante la opinión pública. Nadie duda que cuando se trata de personas el secreto ha de ser máximo. Pero cuando están en juego problemas y asuntos, la reserva habría de limitarse a lo indispensable. El mismo Concilio padeció un entrenamiento difícil. Los boletines de prensa de la primera reunión eran esquemáticos —por lo menos en los días iniciales— en cuanto a los temas los nombres de los oradores permanecían en la fosa. Con el correr de las semanas los comunicados de prensa con facilidad alcanzaban las 8 páginas, portadoras del resumen de la intervención de cada Padre conciliar, con especificación de nombre, apellido, diócesis (sólo faltaba que se incluyera una foto de frente y otra de perfil...).

### COMISION DE OPINION PUBLICA

El primer Sínodo, hace dos años, vio también un momento difícil para la información. Los partes eran abundantes pero se omitían los nombres de los que ocupaban la tribuna. Entonces sucedió lo peor. El periodismo recogía por lo menos algunos nombres "por filtraciones" y como estas no eran siempre seguras nada menos que un cotidiano de París adjudicó cierta intervención a un obispo de Ceilán, el cual debió desmentirla porque se le venía un inútil conflicto en su país... Parece que Pablo VI se sorprendió de que no pudiera llamar a doscientos hombres para su personal consulta de gobierno sin dar publicidad. Pero el hecho es que ante la opinión pública la venida de entonces de los presidentes de las Conferencias episcopales con otros delegados elegidos por sus pares y para tratar de importantes problemas aparecía sí como una convocatoria papal para su consejo pero dado el número de los participantes no convenía que debiera ser tan privada

y secreta. El resultado del semisecreto fue peor, porque a su amparo corrió el rumor. Y esa moneda falsa sólo se vence haciendo circular a la luz del sol la moneda verdadera. Pero se va avanzando, con evidente beneficio para la Iglesia. En este Sínodo que acaba de terminar, los iniciales temores de que se produjeran posiciones demasiado rígidas se desvanecieron a medida que la asamblea se desarrolló. La divulgación del debate liquidó la inflación del miedo.

Muy curiosa fue la propuesta de monseñor Amissah, presidente de la Conferencia episcopal de Gana, en el sentido de que el Sínodo estudiara la función que la opinión pública puede y debe tener en la Iglesia, tomando como base los estudios teológicos realizados en este campo. ¿Podría identificarse en algunos casos la opinión pública con el llamado "sensus fidelium"? ¿Cuáles serían los criterios para identificar estas circunstancias sobre todo cuando están de por medio los grupos de presión? El caso podría encomendarse al estudio de una comisión especial. Para evitar malentendidos el obispo aclaró que la opinión pública no puede erigirse en juez del Papa o de los obispos, pues no es regla de fe ni de costumbres. Sin embargo, no cabe subestimarla.

#### A PROPOSITO DE CIERTAS DECLARACIONES PERIODISTICAS

Y ya que hablamos de opinión pública, debemos rozar un punto que varios Padres sinodales abordaron con evidente fastidio: las críticas que ciertas declaraciones habían dirigido contra el estilo de gobernar de Pablo VI, aunque directamente no se le mencionara. Los cardenales inglés y polaco y varios obispos del Tercer Mundo fueron elocuentes y hasta duros en su contracrítica. Sus ideas eran de que es precisamente el momento de cerrar filas alrededor del Papa, de evitar gestos demagógicos, "jactancias episcopales", perturbaciones en las conciencias de los fieles. "Hay maestros que hablan mucho y enseñan poco", dijo uno.

Cierta intervención recogió largos aplausos: fue la del cardenal neozelandés Keefry que manifestó que las voces críticas en relación al Papa no representan el estado de ánimo general. En nombre de todos los católicos que prefieren el silencio expresó la fidelidad a la Santa Sede y el amor al Santo Padre.

Una interesante constatación verificada en este Sínodo ha sido la convergencia entre los obispos del Tercer Mundo y los de los países que están bajo régimen comunista: somos gente que padecemos —fue la idea— y tenemos que ocuparnos de asuntos graves y esenciales. Fue muy sintomática la exposición del arzobispo de Argel, cardenal Duval: "Si la autoridad del Papa se debilitara, las Iglesias pobres caerían bajo la amenaza de las Iglesias ricas. La sede de Pedro es la mejor tutela de los pobres". Similar fue la idea del arzobispo de Conakry (Guinea), monseñor Tchidimbo. El hecho de que el Papa pueda pronunciarse sin que los Episcopados locales lo condicionen —dijo en síntesis— es motivo de seguridad para las Iglesias del Tercer Mundo y razón

de defensa de todos los "imperialismos espirituales que las amenazan". Ciertamente eran expresiones que no se esperaban, como tampoco —dicho sea de paso— que a las conocidas declaraciones del cardenal Suenens, acerca de las relaciones entre "centro" y "periferia" saliera al paso Héctor Borrat, director de la revista uruguaya *Vispera*, en un comentario que ha tenido mucha divulgación: "Descentrar la Iglesia cuando los poderes políticos y económicos se centralizan, significa dejarla debilitada y dispersa... Para nosotros, desatar nuestros lazos con el Centro que es Roma, significaría terminar en los brazos de las Iglesias ricas de los Estados que detentan la potencia económica mundial y se enriquecen con la explotación de nuestros recursos naturales y humanos".

Estos insólitos testimonios han determinado una reflexión del cardenal alemán Doepfner, expresada a la revista *Publik*: "Hoy un número de obispos mayor que durante el Concilio ve peligrosamente debilitada por el desarrollo reciente de la Iglesia, la función de Pedro. Sobre todo, obispos de países económicamente más débiles u obispos de Estados de régimen totalitario ven en el Primado un fuerte apoyo para sus Iglesias".

#### ELECCION DEL PAPA

Se venía atribuyendo al primado belga, cardenal Suenens, el deseo de proponer una modificación del sistema según sus conocidas ideas. En efecto, en la reunión del segundo "círculo" de lengua francesa, presidido por él mismo, manifestó el deseo de que el Sínodo afrontara también el problema. Los miembros del grupo estimaron que el asunto revestía una importancia secundaria en relación con otros votos expresados ahí mismo y que, por lo demás, tal caso no se encuadraba en los argumentos sometidos a estudio. De todas maneras podría ser analizado en otra sede.

Algunos diarios italianos estamparon al día siguiente expresiones como estas: "Suenens derrotado", "Suenens parece haber sucumbido"... El enérgico cardenal no perdió la oportunidad de la siguiente reunión plenaria para referirse a las fantasías que se estaban publicando a propósito de su intervención indicando, además, que ni siquiera en la misma aula sinodal muchos habían oído bien la exposición al respecto de mons. Philips. Frente a la insinuación de haber quedado en minoría en su círculo, precisó que la gran mayoría de los miembros estuvo de acuerdo, aunque estimando que debía discutirse en otra parte.

Según ha trascendido la articulación del "proyecto Suenens" constaría de los siguientes puntos: 1) que la elección del Papa sea realizada por el Colegio cardenalicio; 2) que tengan derecho a la elección solamente los cardenales que están al frente de una diócesis o de una Congregación romana y que no hayan todavía cumplido los 75 años de edad; 3) cuando el Colegio cardenalicio sea llamado a elección, debe ser completado con aquellos miembros del Sínodo episcopal (o con sus sucesores en la misma función) que han participado en la última sesión de la asamblea general del Sínodo, pese a no ser cardenales. ♦